

## PRESENTACIÓN

Desde diferentes ámbitos de las ciencias sociales se viene reclamando una atención creciente a los procesos desconstructivos y reconstructivos de la figura del agente social. En el ámbito teórico, el cuestionamiento de los diferentes estructuralismos —el lingüístico-formal, el funcionalista o el hegeliano— y el consiguiente interés por el estudio de la acción social, condujeron a una serie de teorizaciones en las que se quería conjugar el objetivismo de la estructura con la maleabilidad de la acción. Por ejemplo, con P. Bourdieu, A. Giddens y C. Castoriadis las estructuras sociales se ven como resultado de la institucionalización, de la rutinización y encarnación de las prácticas y estrategias y del establecimiento y derogación de normas. Muchas investigaciones empíricas sobre consumo, uso de espacios, relaciones laborales, etc. sitúan a los científicos ante la inadecuación entre la visión dominante del agente social como sujeto del acontecer y el cruce de estrategias, identidades y sentidos que encuentran en sus observaciones. De ahí la pregunta sobre cómo pensar el agente social. Para quienes practican la sociología crítica, el desmembramiento de la clase obrera y la flácida presencia de otros movimientos sociales les fuerza a buscar el sujeto revolucionario o, al menos, el agente social transformador.

Alguien puede pensar, sin embargo, que resulta gratuito hablar de un desvanecimiento del agente social cuando, desde los años sesenta, venimos asistiendo en las ciencias sociales al rechazo del objetivismo positivista y de su «metafísica por la ranura» (Th. Adorno), e incluso al llamado «regreso del sujeto» (J. Ibáñez). Pero, visto con cierta calma, lo que al final ha producido la reaparición del sujeto ha sido su presencia entre los objetos de consideración. Así lo muestra la observación de segundo orden (la observación de la observación), cuando sus diversos desarrollos (reflexividad, autopoiesis, multiculturalismo, etc.) convierten en tema central y problema las diferentes posiciones del sujeto y los diversos círculos de consecuencias en que se inscriben sus intervenciones.

De estos y otros frentes llega la pregunta por el agente social, pero hay diferentes formulaciones y concrecciones posibles de la misma. De hecho hablar de agente y no de actor o de sujeto ya quiere ser una indicación de la apertura o falta de predeterminación con que queremos tratar la cuestión. Para nosotros el problema no es si el sujeto ha muerto o ha resucitado, o si la identidad ha perdido estabilidad o determinación y se abre elegible y fragmentaria a un mercado polifónico o sin sentido unívoco. El problema no está ahora en el ideograma del individuo. Lo que nos interesa indagar es qué y cómo puede hacer de sujeto histórico o agente social, cómo se han desconstruido los modelos originales y qué nuevas figuras se proponen para su reconstrucción.

La complejidad de la pregunta que nos hemos planteado y el riesgo de algunas de las respuestas ofrecidas responden a su ubicación en un entramado de problemas teóricos y prácticos, donde se encuentran con la conveniencia, un tanto paradójica, de hacer converger el reconocimiento de la parcialidad de la visión, implicada por el carácter histórico y marcado del sujeto, con la tendencia a las visiones holistas, que la globalización y algunas nuevas metodologías alimentan. De aquí que, como señalan E. León y H. Zimmerman (1997:13-14), los diversos proyectos científicos y sociales que se involucran en nuestra problemática no pueden ser inmutables, a pesar de su objetivación o cristalización, ni volátiles, a pesar de su virtualidad. Los proyectos que nos guían están situados históricamente: su concreción en los textos aquí presentados busca participar en la delimitación de los términos y figuras de la acción social, y contribuir a perfilar nuestra propia posición y posibilidades. Por todo ello, el evidente carácter dialógico de estos ensayos no se limita a un sentido interno de encuentro entre diferentes disciplinas y perspectivas diversas, también se abre a la orientación externa de presentarse situada y negociadamente en la realidad social.

Parece conveniente, por tanto, comenzar aclarando la configuración social en que se encuadran los orígenes de nuestra pregunta por el agente social, que en el fondo es la misma en que se asientan otras formulaciones. Tal configuración es aquella generada en el mundo occidental tras el Renacimiento: es la denominada «sociedad moderna» o «sociedad-del-Estado-nación». En ella se han pensado y vivido dos modelos canónicos de agente social. El primero, emanado del Renacimiento mismo, alimentado en las cortes barrocas y consolidado en la ilustración escocesa y en el mercantilismo de los Países Bajos, tiene una base fundamentalmente subjetivista que lo identifica con el individuo. Es el agente como sujeto autónomo, racional y creador, que, como el empresario o el artista moderno, camina con la mirada puesta en el futuro (mayor o nuevo) y sufre el dolor de la culpa y la angustia de la inseguridad ontológica de su soledad. El segundo modelo emana de los efectos de la ilustración, se alimenta de la revolución industrial y de las migraciones correspondientes (del campo a la ciudad), y tiene su consolidación en el paso del siglo XIX al XX con el pensamiento y los movimientos marxistas. Con una base preferentemente estructuralista viene a identificar el agente social con la clase social, y de modo preferente con la clase trabajadora o proletariado. El principio básico de estructuración que es la clase habría generado un agente colectivo que se guía por su idea de futuro (mejor) y se alimenta de su propio enfrentamiento con la clase y las estructuras dominantes, lo que le deja en la garganta el sabor amargo del resentimiento y en el espíritu la carga agónica del continuo enfrentamiento.

Ambos modelos los hemos pensado y los seguimos pensando, ambos los hemos vivido y, puntualmente, los revivimos: en la teoría económica dominante (la neo-clásica-liberal) el primero y en la práctica sindical el segundo, por ejemplo. Sin embargo, los dos se han visto consecutivamente sometidos a la desarticulación del entramado histórico y epistemológico que los soportaba.

El sujeto individual ha visto trasmutada la razón que posibilitaba la universalización de sus propuestas y posicionamientos en puro instrumento que, bajo la forma de calculabilidad del capital o verificabilidad científica, la domina, constriñe y termina por hacerla desaparecer. De forma paralela, el individuo ha asistido, fundamentalmente desde el diván psicoanalítico, a la fragmentación de su subjetividad en diferentes niveles, que aparecen como residuos del encuentro entre fuerzas sociales y libidinales o subconscientes, con lo que el sujeto aparece poco sujetado y escasamente autónomo. El refugio del lenguaje, basado en unas capacidades innatas y/o en unas experiencias privadas, se vio desmontado por el huracanado soplido de las argumentaciones de Wittgenstein.

Incluso la versión más suavizada y actualizada de ese modelo, que sería el sujeto post-emocional propuesto por Goldman en su reciente bestseller *Inteligencia emocional*, recibe ya una crítica seria e innovadora por parte de J.M. Iranzo. En un trabajo germinal

de revisión del papel de las emociones nos ofrece el contrapunto al triste sujeto de conciencia y al fatuo sujeto racional que una y otra vez se nos quieren vender, recordándonos que en muchas ocasiones la acción sólo se explica porque “lo pide el cuerpo”. Pero además, al rechazar el dualismo mente/cuerpo, puede también denunciar la inacción y la sofronización emocional a que conduciría ese agente ideal de la globalización que sería el sujeto postemocional.

Hoy el modelo «individuo» sólo tiene vigencia como coartada ideológica del pensamiento económico liberal y como holograma del consumismo. Dos contribuciones en absoluto desdeñables, sin embargo. Quizá por ello, y a pesar de todos los contratiempos, hay todavía una importante resistencia en las ciencias sociales a la revisión del modelo de agente y a la actualización de sus supuestos.

Menos perfilada teóricamente, pero más próxima en las vivencias aparece la desarticulación del segundo modelo del agente social moderno. La clase social, especialmente esa «vanguardia histórica» que sería el proletariado, ha visto su naturaleza —forjada en el enfrentamiento y en su toma de conciencia— desdibujada mediante procesos que rebajaban la tensión y borraban los perfiles. Pensemos, por ejemplo, en cómo la omnipresencia y penetración de los medios de comunicación y del consumismo diluyen la agentividad de colectivos e individuos al reducirlos, tentativamente al menos, a espectadores uniformes, rostros intercambiables o simples elementos del mercado de consumidores.

No menos patentes son los procesos por los que los rasgos de la identidad cultural de las clases populares se han mezclado indiscriminadamente con las manifestaciones elitistas que permitían marcar la distinción de los grupos dominantes. Desde el arte pop de los sesenta y el arti-povera de los ochenta hasta la indiferenciación actual entre los materiales y montajes artísticos y los que la vida cotidiana y su administración técnica nos deparan —como se ha podido ver en la documenta X (Kassel 1997), que es la principal muestra de las nuevas tendencias artísticas—, el proceso vivido por las manifestaciones artísticas no deja de hacer patente la confusión y compleja mezcla de rasgos culturales identificadores de clases y colectivos.

Posiblemente la transformación más desarticuladora del agente-clase es aquella que A. Bilbao (1993) ha llamado «la desestructuración de la clase obrera». Es una transformación que en nuestro país se habría producido entre mediados de los años setenta y finales de los ochenta y que básicamente habría consistido en el proceso de reducción de la clase (obrero) al mercado (de trabajo). La fuerza de trabajo deja de ser «una realidad político-organizativa identificable» y se convierte en un agregado heterogéneo y segmentado de individuos con intereses distintos y divergentes. Al mismo tiempo, la unidad de conciencia de clase, cuyo máximo exponente era el discurso militante, se transforma en una «azarosa y caleidoscópica sucesión de narraciones», concretada en un discurso desestructurado. En definitiva, se desmorona la base del agente-clase que, como dijimos, era estructural.

Por otro lado, es importante apreciar que principalmente a partir de los años sesenta han ido emergiendo toda una serie de cambios históricos y teóricos que han puesto en solfa a ambos modelos de manera simultánea o conjunta. Quizá los más evidentes son los que traen consigo los nuevos movimientos sociales, especialmente los feminismos radicales y los ecologismos, pero también los grupos de apoyo mutuo de homosexuales, las Madres de Mayo, etc. Con ellos las identidades colectivas se muestran modificables, complejas y diferenciables de múltiples maneras, mientras el individuo se ve cuestionado en la forma general y unívoca de existencia, que la modernidad le ha atribuido como sujeto racional. Se desvela así que la forma universalizante del sujeto racional, del individuo, se corresponde con la posición particular (y muy minoritaria) del hombre-blanco-burgués-adulto-heterosexual. La posición del sujeto es múltiple, variable e incluso elegible por quienes la ocupan.

Estas transformaciones históricas han tenido diferentes implicaciones en la delimitación de las posibilidades de la agencia social, que podemos agrupar en dos bloques: el

uno agrupa a las más generales y teóricas, que afectan al modo mismo de pensar la realidad social; el otro liga a las que son más concretas o prácticas, que atienden a la identificación de agentes concretos.

Al primer grupo pertenecen los trabajos elaborados por A. Gómez y por G. Gatti. La primera nos presenta una indagación feminista y rigurosa sobre las diversas argumentaciones que defienden que el «retorno del sujeto» al conocimiento científico sea hegemónico por las mujeres. Desde ahí, además de avanzar en el rechazo del androcentrismo inherente a la epistemología dominante, apunta la urgencia de que la profunda transformación de ésta incluya la revisión de la agencia socio-cognitiva. Esta exigencia viene a ser reforzada en el caso del estudio de las identidades, que Gatti nos muestra anclado en las nociones de individuo y de Estado-nación y en las filosofías de la conciencia y de la representación. Su propuesta es que atendamos a los márgenes de esa mirada dominante, allí donde las identidades responden más a la forma de disposiciones y estrategias que a la de individuos o colectivos.

El segundo grupo está claramente ligado con la emergencia de las «políticas de identidad» como medios de articular, no sin problemas ni contradicciones, las complejas relaciones que se establecen entre el constructivismo que evidencian aquellos movimientos sociales y la esencialización o naturalización que cada uno de ellos puede reintroducir respecto del elemento que une a los suyos: así la «naturaleza diferencial de las mujeres», la primacía indiscutible de la «naturaleza natural» o el «carácter natural y empírico de la raza/etnia». Lo que ello prueba, como bien nos ha hecho ver D. Fuss (1989), es que ni queremos ni podemos quedarnos con la constatación de la desarticulación de los modelos de agente social: necesitamos recomponerlos si no queremos que se nos imponga alguno subrepticamente.

El empuje y los problemas de las políticas de identidad se hacen patentes en los trabajos de R. Rosaldo, E. Casado y J. Arditi y A. Hequembourg. El conocido antropólogo norteamericano se implica en la defensa de los orígenes de esas políticas y de su virtualidad como medios abiertos para la reconstrucción de agentes sociales que conllevan la renegociación de derechos y de modos de conducta tanto en el seno de los diferentes colectivos como en el de cada uno de los participantes. Por su parte Arditi y Hequembourg muestran, desde el caso de los movimientos homosexuales norteamericanos, lo paradójico que resulta el autoconstituirse en agente social desde la contestación y la resistencia: constantemente se transita entre la transgresión de y la asimilación a las categorías y normas dominantes; y más que una identidad concreta y estable lo que se logra es un conjunto disperso de estrategias y de posiciones en los campos de poder. Con un repaso crítico de planteamientos feministas sobre el sujeto de la acción socio-política, que va del debate igualdad-diferencia a las «políticas de localización», Casado nos deja situados en una reflexión abierta sobre las visualizaciones más prometedoras de los modos pertinentes de acción.

Hay otra serie de transformaciones, históricamente paralelas a las anteriores, aunque menos evidentes en nuestro país —y no porque no existan o porque no sea necesario asimilarlas— que también llevan a desechar los modelos tradicionales de agencia y a reclamar la configuración de algún otro. Así ocurre con la mayoría de los procesos que giran en torno a la descolonización y al postcolonialismo. Piénsese, por ejemplo, en la multiculturalización que supone la asimilación de migraciones provenientes de ex-colonias; en los fundamentalismos islámicos y en su función de espejo para los fundamentalismos cristianos (mormones, por ejemplo) o liberales (la trilateral, por ejemplo); o en las importantísimas aportaciones que desde los Cultural studies vienen haciendo autores como E. Said o G. Spivak. En esta línea, J. Monleón nos regala una reflexión crítica y muy oportuna sobre la tensa y contradictoria reconstrucción de nuestra identidad española, en la que ni la mirada turística —con toda su industria— consigue darnos un equilibrio entre el «orientalismo» folclórico y el «europeísmo» desarrollista, que simultáneamente se nos atribuyen.

Por último, en esta misma dirección, que alimenta tanto el proceso crítico como al reconstructivo, ha habido un importante movimiento teórico que debe ser recordado aquí. Me refiero al llamado «pensamiento post-estructuralista», especialmente a Foucault, al Foucault de la construcción genealógica, histórica y diferenciada de las subjetividades, a Lacan, con su descentramiento semiótico del sujeto, que desencializa el biologismo freudiano, y a Derrida, con su desvelamiento crítico de los rígidos dualismos occidentales y la desubicación que producen sus estrategias de inversión y desplazamiento, esto es, de desconstrucción. Ni la posición inerte en que parece dejarnos una lectura excesivamente literal del primero, ni el «trascendentalismo falocéntrico» del segundo, ni el antihistoricismo idealista e incluso esencialista, que yace tras el juego de heterogeneidades, contradicciones y realidades indecibles que el último teje en sus análisis críticos, pueden impedirnos ver y utilizar sus decisivas contribuciones a los modos de pensar esa desestructuración del polo y la posición sujeto que tan denegadamente venimos viviendo.

Precisamente el hecho de hablar de desconstrucción y reconstrucción del agente social quiere ser a la vez un reconocimiento de la fundamental aportación que estos autores han hecho al pensamiento social, en uno de los más urgentes problemas que éste tiene planteado, y un intento de nombrar el problema. En este sentido, la elección del término derrideano «desconstrucción» se debe a dos conjuntos complementarios de razones. En primer lugar, porque la desconstrucción implica tematizar lo indecible y lo silenciado, desmontando toda una serie de oposiciones dualistas y jerarquizadas, tales como las de realidad/ficción, sujeto/objeto o activo/pasivo, que han alimentado nuestra maniquea metafísica occidental. En segundo lugar, por toda una serie de peculiaridades que la desconstrucción comparte con la indecisa situación actual de la agencia social —vista desde occidente, al menos— y que he querido remarcar con esa confluencia de la des- y la reconstrucción. Tales peculiaridades son: a la vez que un proceso mecánico de desmontaje y una labor semántico-gramatical de recomposición es una intervención histórico-política sobre las formas institucionales; lejos de conducirnos a una regresión al elemento simple o hacia el origen indescomponible, combina el gesto estructuralista de descarnar hasta llegar al armazón con el movimiento anti-estructuralista de «desedimentar estructuras» hasta ver su «precariedad ruinosa»; no es una mera operación negativa de destrucción, pues exige comprender la construcción de lo estudiado y habilitar otras (re) construcciones; y no se reduce a un método reaplicable por cualquiera, ni a una operación que suceda, sino que es algo que tiene lugar sin aguardar a la conciencia del sujeto, «es un acontecimiento». En definitiva, si hablamos de desconstrucción es porque además de crítica o negativa «va siempre junto con una exigencia afirmativa, diría incluso que no tiene lugar nunca sin amor» (Derrida, 1997:105).

A ese amor por el agente social, deseo de su revitalización teórica y práctica, responden en el fondo todos los trabajos aquí presentados, aunque sea más evidente en esa especie de resaca de la auto-observación y las políticas de identidad e invitación a una reconstrucción más fuerte del agente social que es el trabajo de J.M. Delgado. Igualmente manifiesto es aquel deseo en quienes arriesgan algún tipo de propuesta en esta línea reconstructiva. Y si hablamos de riesgo e innovación no hay duda de que el texto clave es el de D. Haraway, con su estudio de los distintos espacios en que se despliegan los monstruos y figuras que, a pesar del terror tecnocientífico que conllevan, pueden conducirnos a una política y a una epistemología regeneradoras incluso para quienes resultan inapropiados o inapropiables. Es más, los trabajos de F. García Selgas y de R. Blanco pueden verse como complementos del anterior: mientras en el primero se dibujan las principales dimensiones espacio-temporales y sociales en que se ubicarían los agentes sociales en tanto que cyborgs, en el segundo se indaga la posibilidad de las comunidades virtuales, mostrando la hibridación entre tecnología y sociedad y la radical ambivalencia del ciberespacio. Por último R. Ramos, mediante una profunda releitura de la tragedia griega clásica como praxeología, acomete la construcción de un nuevo

modelo de agente-individuo y de acción, el «homo tragicus», más fácilmente plegable a la ambivalencia, la promiscuidad y la contingencia de nuestra intervención actual en el mundo que el homo rationalis o el homo moralis.

Precisamente, estar metidos en procesos desconstructivos y reconocerlo nos pone en una situación idónea para intervenir en la delimitación teórica y práctica de la agencia social. Al fin y al cabo estamos en una situación semejante a la que tiene Alicia cuando, en *A través del espejo*, llega al bosque en el que las cosas no tienen nombre y ni ella ni el cervatillo con que se encuentra saben cómo se llaman o qué son. Es un espacio que en principio parece frío, sombrío y desconcertante, pero que protege del asfixiante calor exterior y que, como bien dice B. Hall (1998: 197), permite a Alicia caminar junto al cervatillo, rodeándole amorosamente el cuello con sus brazos. Si el cervatillo la deja hacer es porque no sabe que es un ciervo, y Alicia no sabe que es humana. Cuando se difuminan o confunden las marcas identificadoras, cualquier cosa es posible.

FERNANDO J. GARCÍA SELGAS

## BIBLIOGRAFÍA

- BILBAO, A. (1993): *Obreros y ciudadanos*, Valladolid, Trotta.  
DERRIDA, J. (1997): *El tiempo de una Tesis*, Barcelona, Anthropos.  
FUSS, D. (1989): *Essentially speaking*, Londres, Routledge.  
HALL, B. (1998): *La Saskiada*, Barcelona, Anagrama.  
LEÓN, E. y ZEMELMAN, H. (Coords.) (1997): *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, Barcelona, Anthropos/UNAM.s